

quiere una sociología en la que los motivos económicos, exaltados por Marx, se valúen a un nivel más bajo. Pero está claro que para llegar a una situación en que ésto sea posible, es indispensable un sistema educativo muy distinto del actual, tanto en su amplitud como en sus finalidades. Es indispensable una transmutación total de valores, de modo que una mayor estimación del arte, que el estudio de la ciencia y de la filosofía, que el ejercicio, en fin, de todas las energías creadoras del hombre—, ahora esclavizadas—, sean el propósito inmediato y fundamental de la organización política.

Sin embargo, si en algo cuenta la experiencia histórica —y la filosofía de Marx no es más que la interpretación de experiencias históricas—, esta transmutación de valores es justamente lo que no podrá suceder en el desarrollo supuesto por Marx. Las invasiones de los bárbaros en Roma no produjeron gran arte ni gran cultura: produjeron las primeras sombras de la Edad Media. La Guerra de Treinta Años retardó en Alemania todo propósito constructivo, hasta los albores del siglo XIX. La experiencia de nuestro

tiempo tampoco es distinta. El idealismo de 1914 sucumbió al empuje superior de las fuerzas puramente destructivas que desencadenó la lucha. Y ya sabemos cuán débiles y frágiles son los vínculos de la civilización, y cuán improbable es que los robustezca ningún empeño que no sea el de la paz. Sobre este panorama, el conflicto previsto por Marx se levanta ante nosotros como el presagio de los mismos males de que queremos librarnos. Enciende en los hombres los impulsos contra los cuales la civilización es una protesta. Que el mal puede ser destruido con el mal; que somos víctimas de fuerzas ciegas e impersonales contra las que es inútil luchar; que los instintos que dominan al hombre no pueden ser superados por impulsos creadores; todo ésto y cosas semejantes son el evangelio de una desesperanza imposible. No cabe dudar que en este sentido tenían razón los socialistas de la vieja escuela, cuyo credo se fundaba en la doctrina del bien, la fraternidad y la justicia. Porque el bien y la fraternidad y la justicia descansan en el amor: no nacen, ni en los últimos extremos, de una doctrina fundada en el odio.

JULIO TORRI, profesor de Literatura de la Universidad Nacional. Espíritu fino y sagaz. Su prosa, del más sutil humorismo, es certera y depurada. Dentro de la lírica mexicana, su estilo marca un trazo de claro ejemplo.

GLORIA MUNDI

Por JULIO TORRI

LOS vuelcos de la fortuna son siempre lastimosos, pero cuando el sujeto es un empleado público, tienen algo de ridículo, sobre todo entre nosotros donde los cargos duran tan poco, y entre quienes la estabilidad de las posiciones burocráticas se resiente algún tanto de la marejada política, que todo lo trastorna y derrueca.

Cierta infantilidad de nuestra psicología— signo de razas inteligentes— explica que nos cansemos harto pronto de las gentes que tenemos delante de los ojos, escritores, gobernantes o artistas. La tabla de nuestros valores intelectuales y de cualquier otro orden, está gobernada por violentas sacudidas que las más veces no tienen otra causa sino la impaciencia de un público aburrido y ávido de todo cambio.

Muchos años hace que trabajaba yo en modesta sección de pomposo departamento. Mi jefe me ordenó cierta vez que arreglara en Industria un negocio de poca monta, pendiente, sin embargo, hacía meses. Con la grata perspectiva de salir

a la calle (reléase *The Superannuated Man* de Charles Lamb), dejé gozoso las mangas de lustrina, tomé el sombrero, y ya al partir escuché de nuevo las instrucciones de mi superior inmediato:

—Busque a Medrano, que conoce el asunto y allanará toda dificultad.

Pronto llegué en busca de Medrano al viejo palacio neo clásico donde residía el Ministro de Industria. Pregunto a porteros y conserjes por Medrano, y todos rectifican: —¡Ah, el señor Medrano!— y ponen rostros graves.

—Suba al principal, y hágase anunciar en la segunda puerta de la derecha.

Larga antesala en un salón oscuro con mugrienta alfombra y artesonado Renacimiento. Columnitas de alabastro por los rincones, con polvorientos candelabros de tintinantes almenbras. Un largo diván empotrado en la pared ofrece cómodo asiento a una veintena de pretendientes, heroicos en su resignada cesantía.

En todas partes la alientan egoístas displicentes con vagas esperanzas proferidas de mala gana, desde umbrales hostiles.

Por aquellos lejanos días, había renunciado su cargo el Ministro, y con él, el Subsecretario, el Oficial Mayor, los directores generales y la mayor parte de los jefes de sección. Así que por algunos días vino a encargarse de los asuntos inaplazables y de mero trámite, un empleado inferior, Medrano, que asentó sus reales en el lujoso despacho del Subsecretario. Como ocurrieron entonces algunas fiestas, no se proveyeron desde luego los empleos vacantes, y Medrano continuó, respecto de acuerdos que no cabe diferir, "al frente del Ministerio, encargado de él hasta nueva orden y en virtud de superior resolución", según rezaban las frases protocolarias que se estilan en tales casos.

Tras una hora de espera, el portero me hace pasar a un saloncito donde aguardan aún algunas personas. En esta nueva antesala se hallan individuos a quienes Medrano tiene algún interés en recibir, en tanto que la primera sala está repleta de importunos que se despedirá a la postre con la inhumanidad habitual.

Llega por fin mi turno, y el hosco guardián de la puerta me la franquea, anunciándome en alta voz. Medrano aparece sentado a una gran mesa abrumada con papeles, expedientes, libros, planos, pisapapeles, diccionarios, códigos, un pesado tintero de cristal y unas estatuillas de bronce y ágata de notable mal gusto.

Medrano es corpulento, su voz robusta; viste levita negra y su ademán es imperioso. Fuerte ha de ser la impresión que haga en el tímido ánimo de pedigüños de empleos y pobres diábolos.

Como es locuaz y grandilocuo, apenas si me deja enterarlo del propósito de mi visita. A causa de su encumbramiento reciente, le preocupa mucho mostrarse llano y campechano con todos. Además, hay en él ese leve descontento íntimo que trae a veces un cambio favorable de fortuna en ciertas gentes maltratadas de la suerte y limpias de corazón, y que las lleva a ofrecer excusas a los demás, y como a pedirles perdón por su próspera situación presente. Medrano, siguiendo un soliloquio apenas interrumpido por la mutación del interlocutor, se queja del exceso de trabajo, de lo delicado de éste, de sus grandes responsabilidades, etc.

...—Como no hay Ministro, ni Subsecretario, ni Oficial Mayor, yo los suplo hasta donde me alcanzan las fuerzas. Calcule usted lo pesado de mi labor. Además, todo el mundo quiere empleos; yo no puedo disponer sino de los pocos que hay vacantes; así que quedo mal con cuan-

tos me vienen a ver. Mis amigos salen de aquí pensando que no soy con ellos el mismo de antes. Lo que pasa es que no puedo yo estirar indefinidamente las partidas del presupuesto de egresos. Ojalá no se me nombre en definitiva Subsecretario, como se ha venido rumorando por ahí. No lo deseo de ningún modo. Nada más lejos de mí que tal pensamiento. En estas altas situaciones todo es acíbar, amigo mío, créame usted. Yo...

Después vuelve a mi asunto; apunta algo a lápiz en un cartapacio, y me tiende la regordeta mano con cordialidad estudiada y aparatosa. No he salido todavía del despacho, cuando lo atruena la potente voz: —¡Que pase el señor Camacho!

Y mientras Camacho penetra en el augusto recinto, me alejo meditando acerca de los hombres de autoridad y poder. Creo acabar de dejar a uno de ellos, del más puro tipo, por cierto, en su habitual ocupación, el jupiteriano ejercicio de fulminar y anonadar mortales.

* * *

Transcurren unos meses, tres o cuatro, y un día mi jefe me llama de nuevo a su despacho.

—Vuelva —me dice— a buscar a Medrano, pues aún no se despacha aquel negocio.

Ocurro de nuevo en busca de mi héroe. Seguro de hallarle, acudo a las vastas antesalas que guardan criados galoneados. Nadie conoce ya a Medrano, a pesar de que son los mismos porteros de antes. Tras mucho indagar y trajar, y repetir las señas, y ayudar a hacer memoria a ujieres y escribientes, alguien me indica que el caballero por quien pregunto acaso trabaja en los sótanos, debajo de la escalera de servicio.

En efecto, allá doy con el pobre hombre, que no conserva de su pasada y efímera grandeza sino el levitón, que sin duda le sirvió para casarse largos años ha. Inclinado sobre vieja máquina de escribir, con el desaliño de la miseria en las ropas, escucha una vez más la historia demasiado corriente del legajo perdido. Al hablar observo en el descuido de su barba, en sus zapatos llenos de polvo, en sus calcetines caídos, en su mal anudada corbata, los lamentables estragos de una mudanza brusca de la suerte. Me despido del pobre sujeto comprendiendo que dada su posición actual, su intervención en nuestro negocio es punto menos que inútil.

Estrecho su manaza con conmiseración sincera. ¡Pobre Medrano, cuánto habrá sufrido desconocido y olvidado de todos! A decir verdad, tenía muy serios motivos para triunfar y tener buen éxito: el imponente volumen de su cuerpo, su voz de barítono, su inane verbosidad... su levitón!